

Free Speech & Unfree News. The Paradox of Press Freedom in America

Sam Lebovic

Harvard University Press

Cambridge, Massachusetts

London, England

2016. 334 páginas.

En estos tiempos de *fake news* y otras miserias periodísticas, es fácil sentarse y llorar por los buenos viejos días en los que unos medios de calidad –representados sobre todo por el papel– proporcionaban información y opiniones rigurosas a un lector preparado y crítico, cualidades que se le suponían desde el momento en que elegía esas cabeceras. Todo esto, claro, con el telón de fondo de un sistema democrático en el que ciertas tensiones ocasionales no empañaban la fe de todos –empezando por los dirigentes políticos– en el derecho a la libertad de expresión y en una de sus consecuencias más importantes: la prensa libre. ¿Qué es una visión simplista y rosácea del pasado? Pues, sí, pero también fuertemente implantada en el imaginario occidental, como refleja hoy esa nostalgia patente entre los periodistas, sobre todo veteranos, y entre muchos *consumidores* de periódicos, aunque hayan sustituido el papel por la pantalla. Empezando por los Estados Unidos.

No ha habido país occidental –España fue una prolongada excepción– que, incluso si en su propia tradición defendía la libertad de expresión/prensa, no se haya visto inspirado por la conmovedora Primera Enmienda (1791) de la Constitución de los Estados Unidos (1787) a la hora de gestionar los alcances de la información. Esto es así hasta en los niveles más populares, porque ya se encargaría Hollywood, con mucho éxito, de difundir la idea de la prensa libre a través de periodistas-héroes, enfrentados a poderes corruptos y siempre en defensa del *pueblo*. A menudo, esas películas respondían a hechos reales o, por lo menos, verosímiles.

Entre aquel primer reajuste (*) de la Carta Magna americana y los *tweets* del presidente Trump han pasado muchas cosas y Sam Lebovic, historiador y profesor de la Universidad George Mason (Fairfax, Virginia), se encarga de analizarlas en su primer libro, *Free Speech & Unfree News* con tanta profundidad como matizada ironía. Esa ironía, aliada con una prosa atractiva, le permiten desdramatizar el hecho de cuestionar la existencia de una auténtica libertad de prensa en los Estados Unidos y la paradoja de que algo por lo muchos han luchado se ha ido traicionando con más frecuencia de lo imaginable.

La investigación de Lebovic, siempre con la mirada puesta en *los padres fundadores*, se centra en el Siglo XX, caracterizado en los Estados Unidos, desde muy pronto, por debates legales, políticos, sociales y culturales sobre el papel de la prensa en la salud democrática de la nación. El interés era tan genuino como el orgullo del país, que se sentía representante de la

libertad en el mundo, empezando por la modestia del kiosco. Y es verdad que, durante buena parte de esa centuria, mientras en otros lugares se abrían paso ideologías represivas, censoras y obsesionadas con el uso propagandístico de los medios, la prensa norteamericana desplegaba unas páginas razonablemente libres de las interferencias de su gobierno.

Sin embargo, esas décadas tan consagradas a la libertad de expresión/prensa libre que se prolongarán más allá de los famosos 60 son como el canto del cisne de una ilusión colectiva, según la cual la Primera Enmienda, aclamada por todos, era una vacuna contra el totalitarismo como lo era la libertad de prensa contra el abuso de cualquier poder. Pero Sam Lebovic desmonta el automatismo que liga libertad de expresión y prensa libre y revisa ese *derecho a la información* que implicaba –para medios y lectores- ofrecer noticias relevantes sin restricciones en cuanto al contenido y en cuanto a la circulación. Lo que no entraba en sus bondadosos cálculos es que lo verdaderamente *relevante* lo podía escamotear el poder, desviando a la opinión pública, a través de los medios, hacia otros temas. Así, más que *derecho a la información* hubiera debido hablarse del *derecho a poder imprimir (cierta información)*.

No es que los medios no se tropezasen con barreras, pero la confianza en que prevalecería el valor de la libertad de expresión y de su siamesa, la prensa libre, tal vez cegaba a los observadores en el siglo pasado, hasta el punto de no reparar en la fragilidad de ambas y en las contradicciones que estallaban como minas cada vez con más frecuencia. Ahora, la venda de los ojos ha caído y nos sentimos desamparados en un escenario más cruel: entonces los poderes compartían ciertos valores –al menos en teoría- con los medios y la ciudadanía en lo que se refiere a la libertad de expresión/prensa, pero ya no sienten la necesidad de acatarlos en nombre de una serie de grandes razones defensivas, patrióticas, económicas, etc. Y encima cuentan, en muchos casos, cuentan con la complicidad resignada de los medios.

El último cuarto del Siglo XX fue una suma acelerada de acontecimientos que abrieron paso a lo que ahora vivimos. La libertad de expresión había alumbrado, por ejemplo, el llamado Nuevo Periodismo, que rompía con algunas limitaciones de la información, sustituyendo la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad por interpretaciones brillantes de los acontecimientos... cuando las firmaban autores brillantes. ¿Es el antecedente de ese subjetivismo que ya no tiene límites en foros y redes sociales del nuevo mundo digital? Con todo, la prensa todavía se confiaba al apuntarse tantos engañosos cuando descubría que el poder –¡qué escándalo!- intentaba engañar al ciudadano y entonces publicaba los Papeles del Pentágono o desmontaba las trampas de Watergate... Menos épica, pero decisiva es también la transformación tecnológica que llega en esta etapa. Por de pronto, enmudeció las redacciones al desaparecer las máquinas de escribir: un pequeño símbolo de la revolución digital en ciernes que terminaría con un estilo de empresa, un estilo de editores, un estilo de trabajo.

Sam Lebovic ilumina un siglo de esfuerzos y creencias generosas sobre la libertad de expresión y la libertad de prensa. Visto con sus ojos, no hay nada despreciable en aquella fe, pero faltaba perspectiva y realismo. Todavía desbordados por la situación, hoy vemos más claramente el compromiso que suponen la libertad de expresión y la libertad de prensa, enfrentadas a muchas formas de coerción, los trucos del poder y hasta la extorsión de que es capaz cierta opinión más que pública, anónima. Con todo, la lucecita de la Primera Enmienda no ha quedado obsoleta y recuerda a los medios, incluso en este momento de blogs asilvestrados, que están ahí para dar instrumentos de decisión a los ciudadanos y para canalizar esos “agravios” que difícilmente pueden llegar a escucharse sin su intermediación.

Matilde Hermida

Universidad Complutense de Madrid

() Congress shall make no law respecting an establishment of religion, or prohibiting the free exercise thereof; or abridging the freedom of speech, or of the press; or the right of the people peaceably to assemble, and to petition the Government for a redress of grievances.* // El Congreso no podrá hacer ninguna ley con respecto al establecimiento de la religión, ni prohibiendo la libre práctica de la misma; ni limitando la libertad de expresión, ni de prensa; ni el derecho a la asamblea pacífica de las personas, ni de solicitar al gobierno una compensación de agravios.